



Cluaran Dubh

EL DESTINO DE UN REY

ALISSA BRONTË

Inglaterra, 1135. El principio de la Anarquía llegó una noche aciaga en la que la vida de Alana cambió para siempre. Ahora, diez años después, se verá obligada a emprender un viaje a lo más profundo de las Highlands con una importante misión.

Olivia no puede creer que su rey haya pactado un matrimonio para ella con un salvaje *laird* de las Highlands. Sin opción, tendrá que acatar las órdenes y partir en un viaje inesperado hacia tierras escocesas.

Dos reinos enfrentados.

Dos mujeres cuyos caminos han sido unidos por el destino, ese que las llevará a debatirse entre el honor y el amor.

Una gran aventura que cambiará el rumbo de la historia.

Que decidirá el Destino de un Rey.

Dedicado a mis lectores cero. Gracias por estar
siempre ahí.
A ti, lector, por unirte a este viaje.

En primer lugar quiero darte las gracias por haber elegido esta historia. También quiero que sepas que estás ante una obra de ficción, aunque es cierto que la época de la Anarquía inglesa (*The Anarchy*, tiempo en el que ubico la historia), fue real y ocupó el periodo comprendido entre 1135 y 1153, la historia que narro es ficticia.

Aun así, he tomado prestados los nombres de Henry y Stephen de Blois (personajes que existieron de verdad), y el apellido Adeline, pero me he tomado la licencia de usarlos de manera que encajaran con mi historia. Unos roles muy alejados de los que tuvieron en sus vidas reales.

Espero que disfrutes de este viaje al pasado por las Highlands tanto como yo lo he hecho al escribirla.

Gracias, una vez más,

Alissa Brontë

Prólogo

Inglaterra, finales de diciembre de 1135, el comienzo de la Anarquía.

La puerta golpeó la pared con un estruendo que lo arrastró de nuevo a la realidad. Frotó sus ojos atrapados por el cansancio y se asustó al ver a los guerreros en su alcoba. Eran tan altos y fuertes que no parecía posible que todos cupieran en su estancia.

–Rápido, ¡cogedlo! –ordenó uno de ellos, el que parecía ser el de rango superior.

–Alto ahí, nadie va a tocarme –afirmó con una frialdad que estaba muy lejos de sentir.

Solo era un joven de trece años, estaba asustado, pero no iba a dejarlo entrever; era el futuro rey de la nación y se había preparado desde su nacimiento para ser capaz de soportar todo el peso de la corona.

–Lo siento, su alteza –musitó su chambelán saliendo de detrás de la muralla humana–, está en peligro. Su padre ha muerto y han emitido una sentencia por alta traición contra su madre, la reina, y contra usted.

Esas palabras lo dejaron sin aliento, sus piernas temblaron y cayó sobre la cama de nuevo, confuso. ¿Su padre había muerto? ¿Su madre y él mismo habían sido acusados de alta traición?

–Pero..., eso no es posible, si nos han acusado de alta traición, eso solo se paga con la muerte –afirmó con incredulidad, ¿cómo podía emitirse una orden así contra el siguiente en la línea de sucesión?

Los ojos grises del hombre, que había estado a su lado más que su padre, se llenaron de una tristeza devastadora. En su corta vida había sido preparado para afrontar todos los posibles obstáculos que podrían darse siendo rey, pero nunca imaginó tener que enfrentarse a una acusación de alta traición antes de ser coronado.

–Debe marcharse con ellos, su alteza, antes de que lo encuentren –suplicó.

–No me iré sin mi madre –aseveró apretando los puños.

En ese momento no podía pensar en llorar su pérdida, tan solo debía concentrarse en poner a salvo a su madre y a él.

–Es tarde para ella, su alteza, pero no para vos.

Otra puñalada. Esta más profunda. Sentía el peso de la tristeza aplastando su corazón que, por unos instantes, había dejado de latir. Se limpió con la manga de su traje de dormir las lágrimas, que tanto empeño había puesto en retener y que comenzaron a surgir de sus ojos sin permiso, y asintió con una entereza muy poco propia de su edad.

–Daos prisa, los hombres de Blois están cerca –lo apremió el gran guerrero que custodiaría al joven heredero.

El viejo criado asintió, lo tenía todo preparado para una circunstancia extrema. Le dio al fornido guerrero una bolsa con lo imprescindible y vistió al niño con ropas escocesas. No podían permitirse el lujo de perder al futuro rey de Inglaterra. Ese mismo que debía unir Escocia e Inglaterra en una sola nación.

El joven abrazó a ese hombre que dejaría atrás, ese que había sido más que un sirviente; su familia.

–¿De qué acto de traición se nos ha acusado? –preguntó con voz temblorosa por primera vez en aquellos horribles segundos que estaba viviendo—. Por favor, William, dímelo, necesito saberlo... –rogó.

–Han acusado a su majestad la reina de adulterio y...

–Y a mí de ser un hijo bastardo que no tiene derecho al trono –concluyó.

El hombre afirmó con la cabeza, estaba triste porque él había sido testigo mudo del amor que los reyes se habían profesado el uno al otro y a su hijo.

–Adiós, William –se despidió del hombre con un fuerte abrazo.

–Adiós, mi querido niño –murmuró a su vez el hombre, presa de la emoción.

–No hay más tiempo que perder, están aquí –apremió el que daba las órdenes.

William asintió, movió una falsa tea anclada a la pared hacia un lado y una abertura en el grueso muro apareció ante ellos. Los guerreros entraron por el pasadizo sin dudar, uno de ellos agarró por la muñeca al joven que siguió a duras penas el paso acelerado de esos hombres fuertes y altos con acento extranjero.

La luz de las antorchas era débil, pero ellos parecían ver con claridad. Él no, y añadiendo la falta de visibilidad a la rudeza con que tiraban de su mano, tropezó, goleándose la rodilla con fuerza contra el suelo frío y húmedo.

–¿Estás bien, niño?

–¿Niño? –instó de mal humor—. Soy el futuro rey de Inglaterra.

–De momento, eres tan solo un huérfano –escupió el hombre.

Y sus palabras se asemejaron a un golpe en el estómago que lo dejaron sin aire. Pero era cierto. De momento no era nada, tan solo un niño sin padres sobre el que pendía una condena de muerte.

–Sí, señor –asintió con un tono de voz que dejaba claro que había comprendido cuál era su situación.

–Algún día, volverás y reclamarás lo que es tuyo, pero desde este momento solo eres un joven más de las Highlands^[1], tendrás que aprender nuestra lengua, adoptar nuestro acento y costumbres y cambiar de nombre. Nadie puede saber dónde estás escondido, así, cuando llegue el momento, regresarás para reclamar lo tuyo.

–¿Cómo voy a hacer algo así? ¿Quién puede demostrar que soy legítimo?

–Aún no sé quién es el custodio de esa prueba decisiva, pero nos encontrará.

Con esas palabras todavía vibrando en el estrecho pasillo, salieron al exterior, a la parte más alejada del castillo, del lugar que había sido su hogar hasta ese instante. Lo miró por última vez, no sabía cuando retornaría, ni si lo podría hacer. De lo que estaba seguro era de que no cejaría en su empeño de regresar y reclamar lo que le pertenecía por derecho de nacimiento y acababan de arrebatarle a la fuerza.

Capítulo I

La quietud de la noche se rompió con un crujido atronador. Asustada, se incorporó con agilidad y se levantó. Corrió a la alcoba de sus padres, descalza, con el corazón latiendo a un ritmo desenfrenado y la respiración agitada.

Entró sin llamar, olvidando las normas de cortesía que con tanto empeño la obligaban a cumplir a rajatabla, no en vano era la primogénita de una de las familias más nobles del reino: era la primogénita del duque de Hertford. Su padre era uno de los consejeros más fieles y cercanos al rey y este lo apreciaba y lo mantenía cerca, tenía una confianza ciega en él y su criterio.

Pero los tiempos eran convulsos, el rey tenía una edad avanzada y no todos estaban de acuerdo en que su sucesor fuera su hijo, muchos nobles querían ver en el trono a Stephen de Blois, el vástago normando que contaba no solo con el apoyo de los suyos, sino también con el de algunos nobles ingleses y una buena parte de los altos cargos de la Iglesia. No en vano, su tío era el mismísimo Henry de Blois, obispo de Winchester, con un poder tan vasto que se rumoreaba excedía al del propio gobernante.

—¡Madre! —exclamó dejándose proteger por los brazos de esta que parecía estar esperándola.

—No tengas miedo, Alana, todo va a salir bien... —Trató de calmarla mientras la acunaba entre sus brazos.

Sus ojos se empañaron, era consciente de que sería la última noche que podría abrazar a su hija. La muerte era un buitres que siempre acechaba por encima de sus cabezas, pero en ese momento, tenían claro que el buitres atacarían sus cuerpos incluso antes de convertirse en cadáveres.

—¡Padre! —gritó la niña buscándolo con la mirada. Necesitaba verlo, que la abrazara con sus fuertes brazos y la consolara con su amplio pecho.

—Aquí estoy, hija, aquí estoy —musitó abrazándola nada más entrar por la puerta de la alcoba.

El hombre miró a su esposa, cerró los ojos y bajó la cabeza. Era la única señal que necesitaba para saber que estaban perdidos, para saber que el trono había sido tomado por el bando contrario y que, con efecto inmediato, se habían convertido en traidores de la corona: la muerte aguardaba a las puertas.

No iban a ser delicados, ni les perdonarían la vida. Lo único que podían hacer, era tratar de salvar a su hija con la esperanza de que, cuando creciera, pudiera contar la verdad de lo que iba a suceder esa noche.

La mujer, con manos torpes y temblorosas, la vistió con ropas de sirviente. La niña observaba todo, aunque no era capaz de comprender nada. Mientras su madre le colocaba esas ropas sucias y con olor a fogones y cuadra, su padre le preparaba un pequeño talego en el que guardó todo lo que pensó que era indispensable para la supervivencia de su hija.

—Alana, debes escucharme con atención, querida hija —apremió su padre sacudiendo sus hombros para que le prestara atención—. Sabes de la existencia del pasadizo que hay oculto en mi ropero, ¿verdad?

La niña no era capaz de decir nada, estaba aterrorizada. El retumbar de los cascos de caballo se hacía más ensordecedor, la lluvia arreciaba y el cielo parecía a punto de abrirse por la mitad para caer sobre ellos.

–¡Lady Alana de Hertford! –gritó su padre, la voz retumbó con tanta urgencia e intensidad, que la niña volvió en sí.

–Sí, pa... padre –balbució.

–Debes escucharme con atención, ¿comprendes? –La niña asintió, asustada, tratando de poner todo su esmero en lo que su padre iba a encomendarle a continuación—. Tienes que custodiar este talego con tu vida, es muy importante que lo que contiene no caiga en manos de los enemigos. Vienen a atacarnos –continuó su explicación—. Eres nuestra salvación, la única esperanza de todo el reino. La única que tiene en su poder la clave para restaurar el orden de las cosas.

–Padre... –musitó asustada. No podía detener sus ojos, y las lágrimas se derramaban sin control, humedeciendo su rostro.

–Debes huir al norte, trata de cruzar la frontera con Escocia y busca ayuda. Este medallón –explicó mientras le mostraba el colgante que pendía entre sus manos–, te ayudará a encontrar aliados. Recuerda, nadie puede abrirlo. Nadie. Ni siquiera tú hasta la víspera de tu vigésimo cumpleaños. Voy a atarlo a tu cintura, no puedes perderlo, al igual que no debes perder nada de lo que contiene la bolsa que has de poner a salvo. En ella, además, hay algo muy importante que deberás entregar. Todo está explicado en una carta con mis órdenes, hija.

El hombre la miró a los ojos, se le rompía el corazón, ¿cómo podía encargarle a una niña de apenas diez años algo tan importante? ¿Cómo dejar el futuro de su reino en manos de un alma inocente y ajena a todas las intrigas que se urdían tras las luchas de poder?

–Desde este momento y hasta que estés a salvo, no eres Alana –instó–, ¿comprendes? Cualquiera que te pregunte tu nombre, deberás decir que es Alan –aclaró.

Tras las palabras de su padre, su madre tomó su larga trenza dorada y la cortó entre lágrimas. Observó, impoten-

te, cómo la lanzaba a las llamas del hogar y escuchó el crepitar de su cabello al arder. Las lágrimas quemaron de nuevo en sus ojos con la misma intensidad del fuego que se alimentaba de una parte de ella.

De nuevo su madre recortó el cabello de manera dispareja para que pareciera el hijo de algún labriego o criado. La mujer parpadeó para alejar la humedad que le impedía ver, abrazó con fuerza a su hija, le colgó la bolsa a la espalda y la metió en el armario con premura, la puerta principal había sido derribada, su atronadora rendición había resonado con fuerza, atravesando las paredes.

—Ya están aquí —afirmó su madre con el terror provocando un temblor en sus palabras.

—Rápido, Alana, no nos queda tiempo. Recuerda, hija, tienes una misión muy importante, has de conseguir salvarte y salvar al reino.

Con un último abrazo, su madre la metió en el ropero, le susurró un: «Siempre te querremos», y cerró la puerta justo en el instante en el que la de su alcoba se abrió de golpe. Alana, inmóvil por el miedo que se aferraba a sus piernas sin querer soltarla, espizó por la rendija de la puerta a los hombres que invadían su casa.

Su padre, nada más verlos entrar, se situó frente a su madre, protegiéndola con su cuerpo como si fuera un escudo. La niña se llevó las manos a la boca, para no permitir que el pánico, que empujaba con fuerza, escapara de su garganta.

—En nombre del rey, Stephen de Blois, te condenamos a muerte por alta traición —rugió uno de los soldados desenvainando su espada.

—Ambos sabemos, Stanford, que ese títere al que habéis subido al trono, no es el verdadero rey. Es solo un impostor que servirá a vuestros propósitos.

El hombre profirió una carcajada que retumbó por cada recoveco de la estancia, incluyendo el pequeño cuerpo de la niña que se agitó por el miedo de arriba abajo.

–Aunque eso fuera cierto, mi querido duque de Herford, carece de importancia porque el único que conoce ese secreto sois vos y vuestra vida pende de un hilo –amenazó sonriente.

–Dejadla con vida –rogó refiriéndose a su esposa a la vez que tocaba con su cabeza el suelo a modo de rendición.

–No es algo que me pueda permitir –musitó mesándose la larga barba.

–Por favor... –volvió a rogar.

De nuevo, la risotada del hombre, del que nunca olvidaría el rostro, la estremeció. Observó, sin poder moverse, a su madre que con mirada decidida tomaba un bote colgado de su cuello por una cinta.

–No os daré el placer de terminar con mi vida –afirmó con rotundidad, a la vez que destapaba el pequeño contendor y tomaba el contenido de un solo trago.

Segundos después, ante la mirada horrorizada de su padre y la suya propia, yacía desfallecida sobre el suelo. Este, con la rabia emanando de cada poro de su cuerpo, se levantó con una agilidad asombrosa y atacó con una pequeña daga al hombre.

Con un corte certero, rajó la mejilla del mismo que aulló por la herida inesperada que empezó a sangrar en abundancia. Agarró a su padre por el pecho y lo acercó a él. Sus rostros estaban tan cerca que estaba segura de que sus alientos se mezclaban.

–¿Qué te ha dado antes de morir? –interrogó refiriéndose al que, hasta hacía escasas horas, había sido el rey.

–Nada. –Fue lo único que salió de la boca de su padre.

–¿Estás seguro? –interrogó con satisfacción, le alegraba su resistencia.

–Nada, bastardo –gruñó su padre con furia escupiéndole a la cara.

El hombre compuso una mueca en su cara similar a una sonrisa, pero a Alana le dieron escalofríos. Después se

llevó la mano a la cara y se limpió la saliva de su padre que se había mezclado con la sangre que seguía saliendo de su herida.

—¡Id a buscar a la niña! —gritó a los hombres que lo acompañaban.

—¡No! ¡Dejadla tranquila! ¡Es tan solo una inocente! — Su padre trató de soltarse, pero el hombre lo aferró con fuerza.

La niña no podía dejar de mirar, aunque era consciente de lo que vendría a continuación y de que debía ponerse a salvo, sin embargo, estaba paralizada por completo. Su padre fingía preocupación para darle tiempo a escapar mientras los hombres la buscaban en su alcoba, pero no estaba allí y pronto regresarían con la información.

—Antes de atravesarte con mi espada —amenazó—, quiero que sepas todo lo que voy a hacerle a tu pequeña en el momento en que la encuentre.

El hombre acercó la boca al oído de su padre y tras las palabras que fueron inaudibles para ella, su progenitor se reveló, pataleó y se sacudió en un intento vacío de terminar con el enemigo; fue un acto vano. Antes de que pudiera hacerle daño, antes de que pudiera siquiera gritar, la punta de la espada sobresalía por su espalda y un gorgoteo, anunciado su muerte, se quedó flotando entre esas paredes en las que quedaría grabado por siempre, al igual que en su memoria.

Fue ese instante en el que su cuerpo empezó a reaccionar, a tomar conciencia de que debía huir. Alzó la trampilla que había en el suelo del ropero en el que su padre guardaba su armadura, y que, además, servía para ocultar la apertura a un pasadizo que recorría el subsuelo del castillo. Se metió dentro, a oscuras, y volvió a colocar la tapa en su sitio con manos temblorosas, obligándose a poner toda su atención en no proferir ningún ruido. De todas formas, el estrépito de fuera ahogarían cualquier otro sonido, aun así, se exigió ser cuidadosa.

Tardó varios minutos en encontrar a tientas y encender la tea que iluminaría su huida. Una vez logrado, bajó con cuidado los escalones del pasaje; húmedos por la falta de luz y uso. Cuando llegaba al final resbaló y la suciedad acumulada en el suelo se mezcló con sus ya deterioradas ropas.

Las manos las tenía manchadas y le resbalaban, así que se limpió en el cabello, ocultando bajo la mugre el color cobrizo con reflejos dorados de este y parte de la suciedad la dejó en su rostro. La bolsa también la ensució, no podía arriesgarse a que su blancura destacara junto al resto del disfraz.

Era pequeña, pero sus padres le habían dado indicaciones varias veces sobre qué hacer por si llegaba este aciago día que, después de todo, los había atrapado. Se tragó el sollozo que sacudía su pecho con fuerza y llegó al final del pasadizo a tientas, la antorcha había quedado inservible tras caer sobre el barro del suelo.

Abrió la puerta metálica que se quejó con un chirrido y salió a la zona trasera del castillo. Miró hacia arriba para ver el humo negro que se alzaba hasta el cielo, una señal inequívoca de que el lugar era pasto de las llamas.

El escándalo dentro de su hogar era ensordecedor, se tapó los oídos, mientras se alejaba, para evitar que los gritos de la gente cuya vida terminaba consumida por las llamas o por las armas de los soldados se colaran en su cabeza.

–¡Mocoso! ¿Qué demonios haces aquí? –rugió la voz tosca de un hombre.

El corazón empezó a latirle a mil por hora, las manos le sudaban sin que pudiera controlarlas y el miedo le apretaba más el nudo que ya tenía en la garganta. El fin la acechaba, su causa estaba perdida incluso antes de emprenderla.

Contempló al grupo de soldados. Eran fuertes, rudos, con cabellos dorados y largos, algunos llevaban trenzas